

Tríptico para un navegante

A Miguel de la Cuadra Salcedo

I. El descubridor del fin del mundo

*Siento la embriaguez de los pájaros
que vuelan entre espumas inéditas y cielos.*

Stéphane Mallarmé

América fue alguna vez silencio. Nombrarla
exigió un relevo de poetas y navegantes
de tribus peregrinas y de hombres solitarios
que fabricaban palabras

para una mariposa
para una serpiente
para un altísimo cóndor
para la augusta noche

y su asamblea de dioses. Entró el hombre en ella
y puso pie en el más oscuro y cenagoso silencio del cosmos.
No fue un Paraíso con árboles señalados para la maldad o el bien
Fue —¡oh ignoto Alighieri!— Purgatorio o Infierno para la Palabra
(ese ruido con alma)
sujetando a sus nombres y a sus mansas sílabas la indócil selva
o los furiosos ríos en fuga.
Hablo de la lengua tomando posesión
entre el fango y los insectos de las oscuras infinitas catedrales verdes
desde aquella primera canoa que transportaba un idioma que ya olvidamos
hasta este avorazado y plenario Barroco
que quiere completar la esfera con los últimos nombres:
últimas islas, últimos mares, últimas olas
de los reinos del frío:
lápidas de hielo
para los últimos olvidos.

Mi pariente, el Capitán de Navío Juan Francisco de la Quadra
fue nombrado para sustituir con palabras el último silencio
para descubrir y nombrar el Fin del Mundo
para «trillar aquellas finales tierras»
según escribe el Rey, imponiendo
una breve espera al agresivo pincel de Goya.

Imagino al navegante vistiendo como solía
su elegante casaca azul
chaleco rojo, cuello blanco y puños con encajes
Sale al puente y maldice su siglo.
Desde la borda del hastío mira rodar los vientos en el cuadrante
—Estes y Suestes— con alternos sosiegos
mientras la adusta gloria muda encanece.

Pero llega la real orden
y lanzan al cielo sus gorras los marinos
—vaqueros contratados en las alegres Californias—
y mi pariente repite los ritos colombinos:
el estandarte, la espada desnuda, la arcaica arenga de las posesiones
y otra vez el aire de la bandera en el alto mástil
habla español. Esta vez los indios descubiertos
son los Yurok y reciben sonrientes los regalos y abalorios
cubiertos con espléndidas pieles de lobo, de reno y de nutria
y respirando un frío neblí, un aire a punto de ser nube
(ellos llaman «catlati», *hermanos*, a los extranjeros
y luego atacan según las sabias reglas
de la guerra entre la flecha y la pólvora).
Los cañones responden y los nombres
van dando existencia a la gran Isla de Cuadra
a la pequeña isla de Nutka, a cabos
bahías
ríos
del cabo de la historia
—Behring
Glaciares
Hielos—
(Las mujeres de aquellas nieves
hermosas eran pero se afeaban
horadando los labios

y sólo podían producir diptongos
—no besos

silencios
—no vocales.)

Y esa fue tu gloria navegante de mi sangre.
Descubrir el Fin del Mundo
el fin de América
que era sólo su principio
—su silencio.

II. La flor ártica

*El pabellón en carne sangrante
sobre la seda de los mares y las
flores árticas; (ellas no existen).*

Rimbaud

Puedes llamar a un ángel con el ala de hielo
no frío, pero con la transparencia de una
lágrima / Una flor
te arranca el desconsuelo por la Odisea
¡Que Virgilio, Quevedo o Darío tampoco hayan visto
en las viejas fanfarrias de heroísmo
la inexistente flor! ¡Tantos siglos
contemplativos y ningún polen
fue visto descender a su fría ribera de astro!
¡Oh desvalido Ártico! Yo también
cruzo la seda de tus mares
con esa ausencia
dolorosa (ellas
no existen) y su inédito
perfume.

III. El Capitán del Fin

*Yace en esta playa extrema
el Capitán del Fin. Doblado el asombro
el mar es el mismo nadie lo teme.*

Fernando Pessoa

He llegado con mis poemas a la región de los grandes árboles.
En la frontera de Oregón una estudiante de español
ha rastreado las rutas del mítico país de la reina Calafia
y me cita a Mabella McGuire
quien llamó al navegante de la Quadra
«Uno de los grandes gentil-hombres de su época».
Descubrió una inmensa isla que fue llamada Isla de Cuadra
pero luego avanzaron lenguas más administrativas
de mercaderes y peleteros
y la isla se llamó de Vancouver.
Los cabos, los ríos y bahías perdieron también sus nombres
y los Yuroc perdieron el «oro suave» de sus pieles
y los altos volcanes de solideos blancos
desfilaron hacia otros diccionarios.

¡Rescata, pues, rescata, poeta,
este gentil navío que navega en tus venas!
El Capitán de la Quadra regresa en el paquebot San Carlos
y atraca en los últimos años del siglo XVIII.
No se agitaron pañuelos en el muelle de la historia
pero una flor blanca resbala
de la casaca azul de Ulises.

Pablo Antonio Cuadra